

El Sertanero es, ante todo, un fuerte. No tiene el requitismo exhaustivo de los mestizos neurasténicos del litoral. Su aspecto, sin embargo, al primer golpe de vista, revela lo contrario. Le falta la plástica impecable, la desenvoltura, la disposición armoniosa de las organizaciones atléticas.

Es desforme, desgonzado, torcido. Hércules-Cuasimodo, refleja en su aspecto la fialdad típica de los enclenques. Su andar sin firmeza, sin aplomo, bambolean-te casi, y sinuoso, sugiere la translacion de miembros desarticulados. Le agrava su postura normalmente encorvada, en una expresion de displicencia que le comunica un carácter de humildad deprimente. Si anda a pie, cuando se detiene se apoya invariablemente en el primer umbral o pared que encuentra; Si a caballo, y sofrena el animal para cambiar dos palabras con un conocido, cae inmediatamente sobre uno de los estribos descansando sobre una de las alas del recado. Cuando camina, asimismo con paso apresurado, no traza una trayectoria rectilínea y firme: avanza rápidamente en un bambolear característico del que pareciera ser el trazo geométrico, las sinuosidades de las sendas del sertón. Y si en la marcha se detiene bruscamente, por el motivo más vulgar, para liar un cigarro, para encender el yesquero o trabar una ligera charla con un amigo, cae inmediatamente — cae es el término preciso — de cuclillas, sustentando largo tiempo una posición de equilibrio inestable, en la que todo su cuerpo descansa sobre los dedos grandes de los pies, sentándose sobre los talones, con una simplicidad a un mismo tiempo ridícula y encantadora.

Es el hombre permanentemente fatigado.

Refleja la pereza invencible, la atonía muscular perenne, en todo: en la palabra demorada, en el gesto contrahecho, en el andar desaplomado, en la cadencia lánguida de las "modinhas", en la tendencia constante a la inmovilidad y la quietud. Toda esta apariencia de cansancio angaña sin embargo. Nada sorprende más que verla desaparecer de pronto. En aquella organización abatida se producen, de inmediato, transmutaciones completas. Basta la aparición de cualquier incidente que le exija el desencadenamiento de sus energías adormecidas. El hombre se transfigura. Se endereza, alardeando nuevos relieves, nuevas líneas, en la estatura y en el gesto; y la cabeza se le afirma erguida, sobre los hombros recios, iluminada por el mirar intrépido y agudo; y se le corrigen prestamente, como una descarga nerviosa instantánea, todos los efectos del relajamiento habitual de los órganos. Y de la figura vulgar del lugareño desmañado, repunta, inesperadamente, el aspecto dominador de un titán cobrizo y pujante, en un desdoblamiento inesperado de fuerza y agilidad extraordinarias.

(Continúa em outro local)